

# Cuentos

Marco Hernández



# Capítulo 1

## Turno nocturno

Mucha gente suele pensar que las cosas aterradoras, que todos esos sucesos que muchas veces resultan inexplicables suceden solo en el campo, en parajes deshabitados, alejados de las comodidades y lujos que ofrece la inmensidad de una urbe civilizada. Se equivocan. Muchas cosas inexplicables ocurren diariamente bajo nuestras ciudadinas narices, pero como ya lo mencioné, la inmensidad laberíntica de la ciudad y el barullo de la marabunta humana corriendo de un lado a otro, tan ocupada en sus asuntos como para prestar atención a su entorno nos impiden verlas. Ésta es la historia de una de esas cosas inexplicables.

Diversas circunstancias de la vida han hecho que abandone mis estudios de universidad y busque un empleo de esos que nos parecen bien remunerados cuando somos adolescentes y trabajamos por primera vez. Sin embargo con el pasar del tiempo, llega la madurez y todas las responsabilidades que ésta conlleva y nos despierta bruscamente de ésta ilusión. Es por ello que ante lo precario de mi situación tuve que conseguir un empleo más.

El segundo de mis empleos era de guardia de seguridad nocturno en una bodega ubicada en un área prácticamente céntrica de la ciudad. Debido a la inseguridad presente en la zona, me era permitido cargar con un "taser" para defensa personal. Pasaron tres meses y medio aproximadamente en los que afortunadamente no fue necesario su uso. El trabajo que realizaba era relativamente sencillo. Consistía en dar rondines ocasionales al interior de la bodega desde las diez de la noche hasta las seis de la mañana, armado únicamente con una linterna y el "taser". Yo era la única alma que habitaba aparentemente esos desolados parajes a esas horas, cosa que contrastaba con el barullo y la agitación que encontraba todos los días camino a la bodega, por lo que podía tomarme ciertas libertades durante mi jornada.

A pesar de eso, el horario y mi otro empleo comenzaron a mermar mi salud. Al menos eso fue lo que pensé aquella noche. Como ya mencioné, pasaron algunos meses desde que conseguí el empleo y nunca hubo necesidad de usar el "taser"; nadie estaba interesado en lo que sea que estuviera guardado en esa bodega. Era una noche de abril, y me sentía particularmente cansado, somnoliento, apesadumbrado y harto. Ni siquiera la pequeña radio de baterías y las bebidas energizantes que me ayudaban a mantenerme despierto con programas poco interesantes y

dosis taquicárdicas de cafeína me eran de ayuda. Me sentía morir.

Me levanté y estiré el cuerpo. Sin embargo no fue suficiente. Entonces decidí salir de la bodega a tomar aire. Como dije, era un barrio peligroso a pesar de su ubicación, pero a esas horas de la madrugada lucía completamente solo y podría decirse que incluso tranquilo. Esa noche yo no era la única alma que habitaba ese paraje. Un grupo de cinco prostitutas permanecía de pie a poco más de tres metros de la puerta de acceso a la bodega, todas ellas portando reveladores atuendos a pesar del frío de la madrugada. Se veían igual de aburridas y hartas que yo. La idea de ir y socializar con ellas me cruzó por la cabeza de manera muy fugaz, incluso consideré el gastar el poco dinero que llevaba esa noche con alguna de ellas, pensando en que eso quizás despejaría mi mente y me relajaría; sería rápido, una hora solamente, tal vez menos, pensé.

Me encontraba pensando en eso, incluso ya había elegido a la que consideré adecuada para satisfacer mis bajos instintos – una rubia platinada, de baja estatura, cara angelical y muy buen cuerpo, que llevaba un vestido azul marino entallado – cuando el ruido de un automóvil interrumpió mis pensamientos. Desde el otro extremo de la calle una camioneta se acercó y frenó bruscamente casi enfrente del grupo de señoritas. El volumen del estéreo era alto y evidenciaba el pésimo gusto musical de sus ocupantes, que descendieron matando el silencio hasta entonces imperante. Era un grupo de seis hombres. Sus ropas dejaban claro que poseían un considerable poder adquisitivo; su forma de hablar, su prepotencia y el hecho de que se encontraban en estado de ebriedad lo confirmó. Entre los seis formaron un semicírculo con la pared en la que se encontraba el grupo de prostitutas acorralándolas y comenzaron a amedrentarlas. Les hicieron propuestas de la manera más incómoda y desagradable que pudieron. Acariciaban sus rostros y miraban lascivamente sus cuerpos casi desnudos. Se ensañaron especialmente con aquella a la que yo había divisado.

Uno de ellos, el que evidentemente era su líder y probablemente el que se encontraba más intoxicado, intentó propasarse. La chica respondió con una bofetada. El sujeto, con el orgullo herido la golpeó en el estómago con una fuerza tremenda, haciendo que el pequeño cuerpo de la chica se doblara. Sus compañeras trataron de defenderla, pero los amigos del sujeto las sometieron, mientras él tomaba por el pelo a la indefensa mujer y la azotaba de espaldas contra la pared. Yo observaba la escena incrédulo. Pensé en intervenir, pero me arrepentí al pensar en la superioridad numérica del grupo de hombres y en que mi “taser” no sería suficiente para lidiar con ellos. Escudriñé ambos lados de la calle desesperadamente en busca de alguna patrulla o de algún policía solitario que estuviera haciendo un rondín por ahí. Nada ni nadie transitaba a esas

horas de la noche por ahí, ni siquiera el largo brazo de la ley tenía alcancé en esos terrenos.

El sujeto rasgó el vestido de la muchacha, dejando al descubierto sus redondos y blancos pechos, los cuales estrujó con fuerza hasta que se tornaron de color rojo y la chica gritó de dolor. El hombre azotó la cabeza de la chica contra la pared y ordenó a gritos que se callara. Desabrochó su pantalón y bajo la mirada y los gritos aterrorizados de las amigas de la chica, comenzó a abusar de ella. Dio una, dos, tres embestidas y a la tercera se detuvo. El silencio se apoderó del lugar por un breve instante una vez más, lo único que era audible eran los jadeos y risitas de los amigos del hombre que abusaba de la chica.

De repente, el hombre cayó de espaldas gritando desgarradoramente. La escasa iluminación de la calle no fue suficiente para ocultar la mancha color carmesí que se escurría por sus piernas cubriéndolas por completo ni la expresión de horror en la cara de sus amigos, que muy seguramente habían perdido la borrachera al presenciar tan horrible espectáculo. La chica rubia lanzó entonces un grito horroroso. Jamás lo olvidaré. Un grito que no podía salir de una garganta humana al tiempo que su quijada se abría desencajándose, mostrando dos hileras de colmillos tan largos como cuchillos de cocina. El grito hizo que el grupo de hombres – incluyéndome – nos cubriéramos los oídos.

El grupo de prostitutas aprovechó este descuido para abalanzarse sobre ellos gritando de la misma forma monstruosa, mordiendo sus cuellos y atravesándolos con unas extrañas probóscides que salían de sus entrepiernas. Uno de los hombres intentó correr hacia el interior de la camioneta para ponerse a salvo. La prostituta que había comenzado todo, la rubia, arqueó su espalda en una postura casi imposible y lanzó la extraña probóscide de su entrepierna, atravesando el pecho del hombre y acabando con él al instante. Una vez más el silencio imperaba en la oscura y fría calle.

Yo observaba impávido la escena, incapaz de mover un solo músculo. El miedo se había apoderado de mí; poco faltó para que ensuciara mis pantalones. Como mencioné, por un momento pensé que el cansancio y el sueño me estaban haciendo ver visiones; todavía hoy día me cuesta creer que algo de lo que pasó esa noche haya sido verdad. Entonces, la chica rubia – si es que todavía se le podía llamar así – dirigió su mirada hacia donde yo me encontraba. Sus facciones habían vuelto a ser igual de bellas y angelicales que en un principio. Comenzó a caminar hacia donde yo me encontraba, balanceando sus caderas en un intento por recobrar el glamour, trastabillando debido a que había perdido una de sus zapatillas durante la horrible escena. Sus compañeras la observaban, mientras se ponían de pie y arreglaban sus cabelleras y sus ropas, aunque pude darme cuenta de que también me observaban a mí, expectantes,

hambrientas tal vez. La chica continuaba avanzando hacia mí, sin expresión alguna en su rostro. Yo seguía paralizado de miedo. Por instinto había llevado mi mano al "taser". Sin embargo era demasiado tarde. La chica estaba frente a mí.

Me miraba con impasividad, como analizándome, como si pudiera ver dentro de mí, de mi alma, desafiándome a actuar, buscando en todos los rincones de mi mente algún pecado, buscando lujuria dentro de mí, una justificación para guiarme al terrible destino de aquellos hombres que se habían atrevido a dañarla. Sus pechos permanecían expuestos y estoy muy seguro que si no hubiera estado muriendo de miedo, tal vez la sangre que corría hacia mis extremidades preparándolas para la huida, hubiera ido a otro lugar. Permaneció un rato frente a mí. Milisegundos, segundos, minutos, horas, no lo sé realmente. Sus ojos verde azules clavados en los míos todo el tiempo. Al final simplemente se giró sobre sí misma y regresó contoneándose a la pared, junto a sus compañeras.

Yo hice lo propio hacia el extremo opuesto, corriendo tanto como mis piernas me lo permitieron, olvidándome de la bodega, olvidando el lugar en el que me encontraba, tratando de evitar la mirada de aquella mujer o de cualquier otro demonio que se atravesara en mi camino con intenciones no menos siniestras. Me sentí enloquecer.

Al final, no supe cómo llegué a mi casa, a aquel pequeño apartamento ubicado en la periferia de la ciudad. Solamente fui consciente de ello al sentir la fatiga en mis piernas, como si éstas estuvieran hechas de cuerdas entrelazadas que se soltaban de repente. Fue hasta entonces que sentí el frío sudor escurriendo en mi cara y mi respiración agitándose, y los latidos de mi pobre corazón esforzándose por salir de mi pecho. Una corriente de aire frío invadió mi cuerpo. Aún estaba oscuro y el frío del ambiente anunciaba el amanecer.

Nunca volví a la bodega. Me fui de ahí sin dar explicación alguna de mi huida. No quise volver a tener nada que ver con ese lugar. Lo único que hice fue enviar días después el "taser" por paquetería. Ni los periódicos ni los noticieros o algún otro medio de comunicación dijo nada sobre lo que ocurrió esa noche, como si nada hubiera ocurrido. No se encontraron cuerpos o rastro alguno de la camioneta, según me dijo el guardia del turno diurno, al encontrarlo casualmente en el transporte rumbo a mi otro empleo. Cuando le mencioné el incidente no dejó de mirarme de la forma que la gente normal mira a los locos. Era un hombre simpático y muy hablador, tanto que al final él era el único que hablaba mientras yo me limitaba a asentir o a negar con la cabeza. Cuando estábamos a punto de llegar a su destino, desde donde tomaría otro transporte hacia la bodega, mencionó al grupo de prostitutas y que tal vez se divertiría con ellas

aquella noche. Era viernes y había que desquitar el sueldo recibido al final del día y lo agotador de la semana.

## Capítulo 2

### Frío

- ¡Papi, tengo frío!

La pequeña y tierna voz de la niña resonó casi como un eco en los oídos del hombre que se encontraba en la cocina sirviéndose ron en un vaso de cristal. El hombre se estremeció al escucharla. Abandonó la labor casi de inmediato, y al no obtener una réplica por parte de la pequeña voz, tomó el vaso, la botella y el bastón que se encontraba apoyado en la mesa, y con pasos pesados se dirigió a la sala, tirándose pesadamente en el solitario sillón del centro.

Desde el día del accidente todo había sido más difícil. La simple tarea de levantarse de la cama cada mañana era extremadamente dolorosa. Que su esposa lo haya abandonado después de meses de peleas interminables y abstinencia sexual no mejoraban las cosas. Sumado a eso, estaba su casi reciente adicción al alcohol. Siempre había disfrutado de tomar una o dos copas en reuniones y fiestas, pero desde ese fatídico día, el alcohol, más específicamente el ron se había vuelto un poderoso analgésico.

- ¡Papi, tengo frío!

Una vez más, la pequeña voz de la niña lo hizo saltar de sorpresa. Era una de esas frías noches de diciembre y las quejas de su hija estaban perfectamente justificadas. Educar a un niño no es tarea sencilla. Si bien su hija nunca había sido un problema, podía ser un verdadero dolor de cabeza si se lo proponía. Casi siempre la pequeña recurría a la misma estrategia cada vez que tenía ganas de escuchar una historia; era una niña caprichosa. A pesar de eso, él la amaba profundamente. Todos los expertos a los que había visto le dijeron que la ignorara simplemente, que al final cedería.

- ¡Papi, tengo frío!

No podía hacerlo. No podía ignorarla. La pequeña voz de la niña llevaba implícito un pequeño dejo de sufrimiento, como si en verdad estuviera congelándose. El hombre se levantó, dejando el vaso vacío a un lado del sillón y apoyándose en su bastón, subió pesadamente las escaleras, entró en su habitación, tomó la cobija más gruesa que encontró y se apresuró a abordar su automóvil. Condujo a través del camino congelado, justo como había hecho esa noche del año anterior, camino a la cena familiar con motivo de las fiestas decembrinas, cantando villancicos junto a su hija. Condujo rápido, justo como había hecho esa noche, a pesar de la poca visibilidad en el camino. Su hija, su niña, su pequeña, su preciosa lo necesitaba más que nunca. Una lágrima rodó por su mejilla a la vez que

se aferraba del volante.

Al día siguiente, varias patrullas y ambulancias se reunían en el cementerio. La zona circundante a una pequeña lápida cubierta de nieve permanecía acordonada, a la vez que varios forenses tomaban fotografías del cuerpo congelado de un hombre, que permanecía abrazado a la roca con una expresión de horrible agonía en su rostro. Una solitaria camioneta yacía mal estacionada afuera del camposanto, apagada y ya sin combustible. Lo que más sorprendió a los expertos sin embargo, era la cobija con la que el ahora occiso había cubierto la zona adyacente a la lápida, como si quisiera guarecer al pequeño ocupante de la tumba del frío inclemente de la tormenta de la noche anterior.



## Capítulo 3

### Murciélagos

*Mi tiempo está próximo ya. Vienen por mí, lo sé. He ahí las consecuencias de conocer lo que nadie más debería conocer, de desenmascarar los secretos de la naturaleza, de comprender su lenguaje como nuestros ancestros lo comprendieron en tiempos muy arcanos solamente para desaparecer después. La desaparición, la extinción, el olvido son las consecuencias. La fuerza del viento es abrumadora. Ha hecho que una lechuza que reposaba en la seca rama de un sauce afuera de mi habitación levantara el vuelo, abriendo con el batir de sus alas la ventana de par en par sobresaltándome y haciendo que todas mis anotaciones vuelen alrededor de la habitación. Mi corazón late muy deprisa, quiere salirse de mi pecho, desea huir de su fatal destino pero no puede. La prisión de mi cuerpo se lo impide. Estoy condenado.*

*Escribo estas líneas de la forma más rápida que puedo, de manera que resulten inteligibles y no solo los balbuceos de alguien cuya cordura se ha extraviado en los oscuros y fríos desiertos de la locura. Debo contar lo que en verdad aconteció, tratando de detallar lo más posible los hechos, para advertir a todos aquellos que quieran seguir la senda marcada por mí. Después de todo, este testimonio será lo único que quede de mí, pues mi alma se perderá en los más oscuros abismos de la nada por toda la eternidad y mucho después.*

*Todo comenzó hace diez meses, cuando volví a mi pueblo natal. Estuve ausente por más de veinte años. Probé suerte más allá de la frontera norte, como la mayoría de mis amigos y conocidos que no vieron en las estériles y áridas tierras del campo mayor esperanza que la que ve el condenado a muerte en aquellas tierras lejanas y de costumbres distintas. Un error, un desplante de carácter estuvo a punto de costarme la deportación. Por suerte, mi patrón intervino y el incidente no quedó más que como una anécdota para relatar a mis familiares. Mis familiares. La única que queda es mi pobre madre. Al menos era la única hasta hace diez meses. Ella fue el motivo de mi regreso.*

*Cuando volví me encontré en un lugar totalmente ajeno, distinto al lugar que había dejado hace veinte años. El pueblo se había urbanizado completamente. Un pequeño quiosco adornaba la plaza central. Las pequeñas casas de ladrillo de algunos de mis conocidos que habían vuelto antes que yo, se habían convertido en condominios de tres pisos. En el campo, varias carpas de invernaderos se extendían hasta donde abarbaba la vista. Perteneían según me dijeron a una transnacional que había*

*echado raíces en el pueblo, donde tenía su sede principal, localizada en un enorme complejo junto a los invernaderos. Esa empresa había generado los suficientes empleos como para que nadie más deseara irse y era responsable directa de la urbanización y mejoramiento de las condiciones de vida en el pueblo, o mejor dicho, en la pequeña ciudad en la que se había transformado. Incluso la gente lucía diferente. Más joven, más radiante, más feliz, aunque con un brillo misterioso en sus ojos, algo...casi maligno. Pronto descubrí la razón.*

*La urbanización no acabó con los usos y costumbres de la gente del lugar, especialmente de los más ancianos. El día en que volví, domingo, me encontré con un tianguis de antigüedades en la plaza del pueblo, a las faldas del quiosco.*

*Fue entonces que, fascinado y todavía incrédulo ante lo cambiado que encontré el lugar, me dediqué a explorar el tianguis. No encontré muchas cosas de interés. Chácharas y demás partes de máquinas predominaban en el lugar, junto con algunos comestibles y uno que otro souvenir. No fue hasta que me topé con un anciano de largas barbas y cabellos, con aspecto de indigente que mi calvario comenzó. Lo conocía. Se trataba de un antiguo profesor de la escuela que también me reconoció. Comenzamos a conversar. Fue él el que me habló de aquella empresa que había llegado a salvar al pueblo poco después de mi partida y de otros cambios que hubo con el pasar de los años. Por ejemplo, fue él el que me dijo que la empresa había comprado al gobierno municipal los terrenos del loco Silva poco después de que su casa se incendiara de forma misteriosa.*

*El loco Silva era un anciano ermitaño de costumbres extrañas que vivía en el campo al cual mis amigos y yo solíamos molestar cuando éramos niños. A su muerte, su primo había heredado su casa, pero parece ser que la locura es cosa de familia, ya que el hombre incendió la casa y se marchó del pueblo para nunca más volver. Siempre tuve curiosidad en conocer lo que albergaba la casa del anciano loco, en ver qué era lo que aquel hombre desaliñado resguardaba con tanto recelo. La desilusión al saber que la casa había sido destruida comenzó a escarbar en mi subconsciente, sin embargo, cuando el profesor me reveló que él había ayudado a apagar el incendio rescatando algunas de las pertenencias del viejo, mi curiosidad salió de su entierro prematuro. Grave error.*

*Cuestioné al profesor sobre el paradero de las cosas. El anciano, arremolinándose la barba y los cabellos con las manos al principio se negó, pero dada mi insistencia terminó por acceder. Me llevó hasta su casa, en la periferia del pueblo, cerca del cementerio, en un área aun sin urbanizar. Parecía vivir en el campo abierto, en un montón de tablas de madera apiladas a modo de choza. No había lugar para ningún mueble y*

*el lugar despedía un fétido aroma almizclado, igual que su habitante.*

*El anciano comenzó a buscar entre un montón de cobijas regadas en el suelo y después excavó la árida tierra con sus manos y sacó una caja de madera. La extendió hacia mí y se arrinconó como un cachorro asustado. Yo tomé la caja y la abrí. Un montón de hojas y cuadernos chamuscados con algunas palabras escritas apenas entendibles atiborraban el interior de éstas y oculta entre ellas, una pequeña estatuilla de madera de lo que en ese momento me pareció un murciélago.*

*Observé con fascinación la estatuilla. En su base tenía tallado algo, una frase en un idioma antiguo que incluso hasta hoy con todo lo que he aprendido no he podido descifrar. Tenía algo que hacía imposible dejar de verla, parecía susurrar. Susurraba y aleteaba. Transportaba a todos aquellos que la tocaban hasta tiempo antiguos, tan o incluso más antiguos que la humanidad misma, cuando los monstruos caminaban por la tierra, volaban por el cielo y nadaban por el agua reclamando esta tierra como suya, reclamando pleitesía a nuestros ancestros, reclamándoles tributo y alimento como los dioses que eran. Tardé muchas horas en salir de mi ensimismamiento y cuando lo hice, el profesor me miraba con una mezcla de ansia y alegría. Me pidió, me rogó llorando el quitarle, alejar de él la estatuilla junto con el resto de la caja y yo no dudé ni un instante en hacerlo.*

*Llegué rápidamente a la casa de mi madre, solamente para encontrarme con que el sepelio había concluido. Las miradas cayeron sobre mí. Miradas de desaprobación, descontento y algunas incluso de espanto. Sin embargo, eso duró muy poco, ya que casi de inmediato volví a hundirme en la contemplación de la misteriosa estatuilla y en la revisión de las calcinadas notas que se encontraban en el interior de aquella caja de madera. Poco me importó el concluir los ritos funerarios de mi madre nueve días después como dicta la costumbre. Poco me importó también la lectura de su testamento. Lo único que me importó a partir de entonces fue la estatuilla y todo lo que me susurraba, todo lo que me decía. Me aislé del mundo civilizado. No salía ni siquiera a suplirme de víveres y mi aspecto comenzó a desmejorarse. Comenzaba a parecerme al loco Silva. No, peor aún. Comenzaba a parecerme al profesor.*

*Todo lo que aprendí. Todo lo que interpreté...La estatuilla es una interpretación de Camazotz, el dios murciélago de la maldad, mejor dicho, un avatar de su poder que permite su materialización en este plano. Lo poco útil que pude rescatar de las chamuscadas notas del loco, fueron diferentes interpretaciones de textos y conjuros que permitían la comunión con la poderosa deidad. Textos y conjuros que no dudé en utilizar.*

*Lo que vi aquella noche veraniega...La magnificencia de Camazotz ante mí. Etéreo y solido a la vez. Presente y ausente. Susurrándome en su propia lengua los secretos de los dioses exteriores. Me reveló los secretos del pasado y del devenir. Cosas terribles se ciernen sobre los cielos en el futuro, aunque no tan terribles como aquellas que se cernieron en el pasado. Todo ello lo supe gracias a mi señor, al que trae la peste, al amo de los malos presagios, Camazotz, Nyarlathotep en una de sus mil formas. Entendí la fascinación del loco y del profesor. Comprendí que hice lo correcto al oprimir el cuello hasta el punto de la asfixia de este último el día en el que me dio la caja. La manera en la que chilló y suplicó por su vida, por su insignificancia...*

*Hubo una última revelación que mi señor me hizo. Aquellos que conocen los secretos de los dioses y contemplan sus rostros, deben contemplar un rostro más y conocer un secreto más. Hoy seré digno de conocer ese secreto, de contemplar ese rostro. ¡Ya viene! ¡Puedo escucharlo! ¡Lo veo claramente! Aquí está frente a mí. Es igual de magnífico que mi señor Camazotz o quizás un poco más. ¿Será acaso otro de sus mil rostros? No puedo hacer algo más que arrodillarme y rendirle adoración al único dios certero y de poder verdaderamente absoluto en este y en todos los universos. Tengo ante mí al descarnado regidor del Mictlán, el señor de los muertos: ¡Mictlantecuhtli!*

El hombre de traje esperaba sentado en la recepción. La secretaria lo hizo pasar sin mucha demora a la oficina. El hombre tomó la caja de madera que había puesto en el enorme sillón junto a sí mismo, acomodó su cabello, peinó su bigote y pasó a la oficina donde ya lo esperaba su jefe.

El hombre de mediana estatura, de apariencia joven, piel morena y sin imperfección alguna en su rostro más que una barba bien recortada, cabello negro y perfectamente peinado hacia atrás lo miraba sentado tras la enorme mesa de madera, con sus pies arriba de la misma y los brazos cruzados tras la cabeza, siempre mirándolo tras sus anteojos amarillos con unos ojos color ámbar que emitían un brillo que destacaba en la oscuridad de la habitación.

- Hace mucho no te parabas por aquí, Francisco. ¿El gobernar un

pueblucho hace que no tengas tiempo ni para saludar? – Dijo, M...

- Dijiste que no volviera a menos que tuviera algo útil que aportar – respondió con el mismo cinismo el hombre de mediana edad. – Y supuse que te interesaría saber que no todo se perdió durante el incendio – agregó poniendo la caja sobre la mesa.

El brillo ambarino en los ojos de M... pareció intensificarse al observar la caja de madera. - ¿Quién las tenía? – Preguntó auténticamente intrigado, acomodándose sobre el respaldo de su silla.

- Un niño. Aparentemente ligado al homicidio del vago de hace diez meses – contestó Francisco, sacando de la solapa de su saco un escrito y poniéndolo sobre la caja.

- ¿Lo encontraron? – Preguntó M.... al tiempo que leía la carta vagamente.

- Si. Desollado y con los intestinos de fuera. – El brillo ambarino en los ojos de Francisco se intensificó.

- Provecho. – Dijo M... con un tono sarcástico.

- Por lo que dice la carta, llegó más lejos que tú. – Agregó Francisco en un tono casi de burla.

- Por lo que dice la carta, hizo todo lo que no debe hacerse. – Repuso M...

- Había más notas tiradas alrededor de la habitación hechas por el mismo. Todo está dentro de la caja. La estatuilla también. – Dijo Francisco, señalando la mesa.

M... dejó la carta sobre la mesa y abrió la caja. Una hoja de papel manchada de sangre con el dibujo de un árbol cuyas ramas apresaban a un hombre y lo estrujaban fue lo primero que sus ojos vieron. M... no pudo evitar contener una sonrisa.

## Capítulo 4

### **Necronauta**

“No hay nada”.

Cuando despertó sobre la bañera se sintió mareado y confundido. Se encontraba completamente vestido y semisumergido en el tibio y turbulento líquido que se agitaba a su alrededor y escurría por su cara y brazos. Había ido un poco más lejos esta vez, pero tenía que verlo con sus propios ojos, tenía que asegurarse de que todo era verdad. Tenía que asegurarse de que del otro lado en verdad no había nada. Pudo haber escogido otro método. Por ejemplo, pudo haberse puesto una soga al cuello, apuñalarse el estómago con un picahielos, arrojarse frente a uno de los automóviles de la autopista o si el valor se lo permitía, colocarse un arma de fuego en la barbilla y jalar del gatillo. Sin embargo, ninguno de esos métodos aseguraba un regreso exitoso a menos que recibiera asistencia, por lo que evaluó como el más seguro el sumergirse en el agua de su bañera y aguantar la respiración lo más posible.

Necesitó mucha fuerza de voluntad para no salir por una bocanada de aire durante el lapso de tiempo que estuvo sumergido, pero sobre todo necesitó de mucho valor pues ¿acaso no es necesario valor para tomar la propia vida, para terminar con la propia existencia tomando ese papel de segador implacable y abrazar el frío cobijo de la cripta? Sin embargo, lo había conseguido. Había vuelto de la muerte y qué terrible había sido aquello. Tenía que advertirlo, difundirlo, avisar a los demás de su terrible hallazgo. Toda su vida había sido una lucha constante. Luchar por vivir, vivir para luchar. Desde su nacimiento luego de permanecer nueve meses y medio en el vientre de su madre hasta la condición de catalepsia que había desarrollado con el tiempo.

Todo debía tener un propósito, un fin. Su existencia misma debía tenerlo. Había sorteado la podredumbre amniótica en el vientre materno y lidiaba todos los días con el miedo a sufrir un ataque que lo dejara en un estado tal que le impidiera advertir a aquellos que desconocían su condición de que no lo embalsamaran o lo llevaran al camposanto a una fosa de la cual le fuera imposible salir hasta que fuera demasiado tarde. Todo debía tener un propósito. Debía tenerlo. Debía haber una recompensa para una vida llena de sufrimiento. Un paraíso, un edén lleno de luz y de paz donde pudiera encontrarse con aquellos que se habían ido antes que él, o en su defecto, todo lo contrario, un infierno lleno de llamas, oscuridad y sufrimiento que sirviera de estancia temporal para purgar las malas obras cometidas en vida.

Cuán grande había sido el fiasco que se había llevado al descubrir que no había nada del otro lado. Todos los relatos de gente que “había vuelto”



eran mentira. No había ninguna luz al final del túnel, no se había visto a sí mismo ahogándose en la bañera, ningún ángel de blancas vestiduras le había dado palabras de consuelo ni lo había alentado a volver porque su vida era demasiado valiosa. Nada. Ni siquiera había vislumbrado el fuego eterno al que se supone estaría condenado por atentar contra el don más valioso que puede tener un ser vivo. Nada más que oscuridad y silencio, lo recordaba bien y le aterraba saberlo ahora que estaba de regreso.

Se incorporó aun un poco atontado y salió como pudo de la bañera. Su ropa hacía que se sintiera más pesado, por lo que se quitó la mayoría de sus prendas y se encaminó dando tumbos hasta su habitación. Una vez ahí, se tiró sobre su vieja silla de madera, la cual crujió peligrosamente. Prendió su computadora portátil, abrió el navegador web y escribió la dirección. La ventana del navegador mostró el foro de discusión de un blog, en el que varias personas de diferentes partes alrededor del mundo a través de distintos avatares compartían sus experiencias, resolvían sus dudas y replicaban las experiencias de otros ratificándolas o negándolas.

Posó su mirada en el monitor y comenzó a bajar lentamente el "scroll", mientras leía, tratando de traer de vuelta su mente, intentando concentrarse, intentando olvidar. Hacía poco menos de un año que había descubierto el blog. Todos habían intentado poner fin a su vida y habían fallado, pero a diferencia de todas esas personas que dan testimonio en la televisión, estos suicidas claman no haber visto más que oscuridad y escuchado nada más que silencio, ni siquiera sus propias voces gritando por ayuda y como pasa con todo aquello que se comparte en la red, esa práctica se volvió tendencia y no tardó en ser replicada en un pequeño círculo, que no alcanzó a llamar la atención de los medios de comunicación.

Era por eso que él tenía que ratificarlo, tenía que verlo por sí mismo. Toda su vida le habían dicho que si su vida era digna, que si purgaba sus pecados no tendría por qué preocuparse en la otra vida; tendría una buena eternidad. El problema es que no hay otra vida. Lo que vemos, lo que vivimos es lo que tenemos, y después, nada más. Pudo sentir su cuerpo temblando. Tal vez fuera el frío provocado por el agua, quizás el miedo a lo vacío que resultaba la existencia, muy posiblemente una combinación de ambos. De repente, su vista se posó en una entrada del blog diferente de las demás, una que daba un punto de vista diferente, más alentador pero no por ello menos terrible y aterrador.

El chico que compartía su experiencia decía ser paramédico y haber visto cómo varias personas que habían permanecido muertas clínicamente por más de dos minutos, regresaban gritando y llorando. Él mismo presumía haber logrado llegar al otro lado con la asistencia de su novia y haber

encontrado oscuridad y silencio. Sin embargo, al gritar por ayuda fue capaz de escuchar su voz y no solo eso, también escuchó cómo otros murmullos y cientos de voces entremezcladas le respondían y le susurraban cosas ininteligibles desde la oscuridad. Sumado a eso, fue capaz de ver un corredor ligeramente iluminado con una puerta al final. Una puerta que se abrió y dejó ver a un hombre de traje, de apariencia joven y apuesta, que le sonrió de una forma maligna. Entonces, su novia que lo asistía desde el mundo terrenal lo despertó con una inyección de adrenalina y él pudo ver la puerta cerrándose y la oscuridad difuminándose y arremolinándose hasta desaparecer dando lugar a la sala donde se encontraban ambos. Sin embargo, el chico decía estar intranquilo desde entonces. No podía dormir, tenía alucinaciones y podía escuchar cómo las voces de la oscuridad le hablaban.

Cuando terminó de leer, se sintió visiblemente afectado. ¿Por qué él o alguien más no habían podido ver ni escuchar nada? ¿Por qué aquel paramédico sí? ¿Qué tenía él de especial? Pudo sentir cómo la rabia y la frustración subían en forma de sangre a su cabeza y cómo sus brazos y piernas comenzaban a temblar casi de manera incontrolable. Intentó tranquilizarse. Llevó ambas manos hacia su cabeza y masajeó sus lóbulos mientras respiraba pausadamente. Inhala. Exhala. Inhala. Exhala... Pronto la calma volvió a sus extremidades y el sudor comenzó a escurrir por su frente.

Miró el pequeño reloj en la esquina del monitor de la computadora y se percató de lo tarde que era. El lidiar con su problema hacía que las horas parecieran minutos y lo agotaba en extremo. Apagó la computadora y se dirigió a la cama. Se arrojó sobre la cama sin ocuparse en asearse y se dejó llevar por los dioses del sueño. Su respiración se tranquilizó y todos sus músculos se relajaron. Los latidos de su corazón se volvieron casi imperceptibles. Catalepsia.

Intentó moverse. Intentó hablar, respirar. Intentó gritar. Entonces escuchó su propia voz resonando en la inmensidad de la nada. Abrió sus ojos y no vio nada más que oscuridad. Parpadeó muchas veces y siguió viendo oscuridad. Extendió sus brazos y comenzó a caminar, aunque no estaba completamente seguro de estar haciéndolo. Al menos no lo estuvo hasta que escuchó el eco de sus pasos. Volvió a gritar y no escuchó respuesta alguna. De pronto, varias voces entremezcladas comenzaron a hablarle desde la oscuridad en diversos tonos, a distintas velocidades y aparentemente en diferentes estados de ánimo. Pudo reconocerlas todas. Las voces de sus amigos, de sus compañeros y familiares. Las voces de todas las personas muertas que había conocido a lo largo de su vida, reviviendo las conversaciones que había tenido con ellos. Buenas y malas,



tristes y felices, profundas y banales.

Los llamó a todos por su nombre, uno por uno. Ninguno contestó a su llamado pero decidió buscarlos, decidió averiguar en donde se encontraban. Después de todo, sí había algo al otro lado, pensó. Comenzó a correr; después de todo, el suelo parecía ser liso en su totalidad y sin muros o vueltas que se interpusieran. Corrió a ciegas y pudo notar cómo la intensidad de las voces y su frecuencia aumentaba. Los llantos, las risas, los gritos, los susurros pronto comenzaron a abrumarlo, guiándolo. Se detuvo cuando pudo escucharlos todos juntos arremolinándose a su alrededor, reclamándole su olvido.

Entonces los vio. A todos frente a él. Pero ya no eran las personas que conocía. Sus cuerpos descarnados y corroídos por el tiempo y las alimañas, flotando todos, mirándolo, juzgándolo como si de una corte marcial se tratara, con sus cuencas vacías tras máscaras similares a las usadas en el teatro kabuki, negras y con diferentes expresiones horribles. Él no pudo hacer más que arrodillarse y rogar con los ojos llenos de lágrimas por su perdón. Muy tarde.

Jamás imaginó que encontrarían su cuerpo sin ojos, babeante y putrefacto dos semanas después, tirado en su cama y con los intestinos de fuera. La escena escandalizaría con su brutalidad no solo a la opinión pública. También impactaría a los peritos al no encontrar indicio alguno del responsable, sobre todo porque parecía haber tomado los ojos del hombre como trofeo. Lo único que encontraron fue una escritura con sangre sobre la pared que rezaba:

“Sí hay algo. Estamos nosotros”.

## Capítulo 5

### **Silencio**

*Para Mariana...Gracias.*

Silencio. Mariana no había escuchado nada más que eso a lo largo de su vida. A lo largo de tantos años, los suficientes como para haber perdido la cuenta.

Silencio. Era todo lo que había escuchado al ver a su madre agonizante por el cáncer cuando solo era una niña pequeña. Su situación en ese entonces era tan precaria como la de muchos otros; una pequeña choza le servía de hogar a la numerosa familia que se había quedado sin padre años antes. Mariana no lo había conocido, no sabía si tenía un padre siquiera. Todo lo que podía hacer era permanecer en silencio, mirando a su adolorida madre, agonizando. El busto de la mujer le servía de alimento al cáncer, su vida no era más que un simple aperitivo. Silencio. Una vez más.

Silencio. Poco pudo hacer Mariana cuando su hermana Teresa la llevó a la ciudad, a la capital, a la casa grande; seguía siendo muy pequeña en ese entonces. La casa era un lugar espacioso, demasiado para dos personas, apenas suficiente para el resto de servidumbre. Silencio y obediencia, nada más. Servir y respirar y nada más. Las palabras eran poder, y estaban restringidas a los patrones, a aquel matrimonio europeo. Él, un hombre robusto pero atlético, español, catalán. Ella, delgada y delicada, francesa. Ambos habían escapado de la represión de Franco, aprovechando la hospitalidad que les brindó el gobierno mexicano a todos los que pidieran asilo político. Silencio.

Silencio. Al patrón le disgustaban muchas cosas, todo lo que causara estruendo: los niños y los animales principalmente. Había amenazado de muerte a su esposa incluso, si es que tenía el infortunio de quedar en cinta. La casa permanecía callada casi siempre. Sin embargo, Mariana causaba en los patrones una simpatía especial, tal vez les recordaba lo que no tenían. Tal vez por eso, llegaron a apreciarla como a una hija, tal vez por eso, llegaron a consentir que Mariana llenara la casa de animales. Mariana ya no era una niña, y tal vez, solo tal vez, los animales le recordaban aquello que no tenía. Silencio, porque Mariana ya no era una niña y no podía decir nada cuando el patrón se metía en su cama, escapando de la monotonía y el aburrimiento que le causaba su esposa.

Silencio. Lo único que se escuchó en la casa el día que Teresa murió. Si Mariana era para los patrones como una hija pequeña, era natural que su hermana mayor fuera un caso similar. Silencio. Ningún pájaro trinó y ningún sonido fue audible, aparte de los sonidos que Teresa comenzó a escuchar cuando su mente fue invadida por los gusanos de la locura. Gritos y lamentos, llanto, terror y tormento. Silencio y nada más.

Silencio fue lo que hubo también cuando el patrón falleció, y cuando la patrona lo siguió al frío cobijo de la tumba muchos años después. Silencio cuando sus herederos disputaron el testamento dejando a Mariana – que había estado sirviendo fielmente durante toda su vida – sin un solo centavo. Casi como si se burlaran de ella, la “dejaron” vivir en la antigua casa de sus patrones a cambio del pago de una renta mensual. Mariana no podía decir nada, porque las palabras son poder y solo los poderosos pueden usarlas. Mariana ya no era tan joven y necesitaba ayuda; su vista se comenzaba a nublar y sus pasos se habían hecho más lentos. Los compasivos aristócratas habían dejado que una de las enfermeras se quedara a vivir con ella.

Silencio. Mariana ya no era inocente y supo elegir sabiamente. Escogió a una de las más jóvenes. La mujer tenía un hijo pequeño y acababa de pasar por un divorcio con uno de los empleados de la ahora extinta fábrica que pertenecía a los patrones. Necesitaba darle una vida lo más aceptable posible a su hijo y Mariana lo sabía. Esa vez, Mariana no guardó silencio.

Silencio. El niño debía guardar silencio cada vez que recorría las habitaciones vacías, polvorientas y con olores amargos de la enorme casa. Debía guardar silencio cada vez que conversaba con los fantasmas y las sombras que alguna vez le dieron vida a la ahora muerta mansión. Silencio. Sin embargo, la casa nunca tuvo tanta vida como en ese entonces. La presencia del niño, que se negaba a guardar silencio llenaba de vigor los pasillos, los cuartos de baño y las habitaciones. Y a Mariana también. Nunca antes había dicho tanto sin decir nada. Tal vez, solo tal vez, el niño le recordaba un poco todo aquello que alguna vez había anhelado y que nunca había tenido. Y el niño lo sabía. Tal vez por eso, Mariana había consentido que el niño hiciera lo que ella alguna vez hizo: llenar la casa de plantas y animales, llenar la casa de vida. Tal vez el niño y sus historias le recordaban a Mariana un tiempo mejor, un tiempo más feliz, más sencillo. Silencio.

Silencio. Han pasado muchos años. El niño ya es un hombre, su madre ya no es joven y el cuerpo y la mente de Mariana se han marchitado. El silencio ha vuelto a reinar en la casona, como si el niño que alguna vez le dio vida se hubiera convertido en otra persona, como si se hubiera convertido en una de las erráticas sombras que habitaban los cuartos de la casa en su infancia, deambulando sin rumbo. Ahora su voz no suena más que como un eco lejano para Mariana. La mirada de la anciana mujer se ha vuelto vidriosa y la claridad de su mente ha sido reemplazada por

una niebla turbia. Intenta hablar con su hermana Candelaria, ahora que ha vuelto después de tanto tiempo, pero ella no hace más que responder con su silencio, como siempre. Silencio. También han venido más personas a visitar a Mariana; Lupe, su otra hermana y su tía Petra, con sus grises cabellos la ayudan a levantarse de su lecho para hacer sus necesidades.

Silencio. Teresa no ha venido, Teresa no ha vuelto. El silencio es cada vez más abrumador y Mariana tiene miedo, pero no debe tenerlo. Silencio. Y oscuridad. Mariana quiere decir algo, pero no puede. Quiere decir todo lo que no ha dicho en toda su vida, ya no se quiere callar más. Quiere reclamar su derecho a réplica, su derecho a hablar. Silencio. Y oscuridad (otra vez). Todo está muy oscuro y frío. El sol ya no arroja calor, ahora arroja frías estacas de hielo en la delicada piel de Mariana.

Silencio. Oscuridad. Tranquilidad. Mariana está ahora tranquila. Tal vez mañana sea un día más animado, con más sol. Tal vez mañana la madre del niño le cocine algo rico como solo ella sabe, tal vez mañana el niño le cuente otra historia y tal vez Lupe, Candelaria y la tía Petra quieran conversar. Mañana. Por hoy será todo, porque Mariana está cansada y quiere dormir. Silencio.